

PROBLEMATICA DEL ADOLESCENTE ACTUAL¹

I

INTRODUCCION

JORGE DERBEZ-MURO²

LA MAYOR parte de los psiquiatras y psicoanalistas del mundo occidental están hoy ocupados en el estudio de tres problemas de cuya comprensión parece depender que el hombre pueda sortear los muy graves peligros que le amenazan, los peligros de la extinción total de la raza humana o de una miserable regresión a la barbarie. Nos referimos a los problemas de la violencia, de la necrofilia y de la ruptura de generaciones, o divorcio entre los adultos y los adolescentes.

Este último nos parece ser el fenómeno crucial; pues si bien la violencia constituye la amenaza principal con respecto a los problemas del tercer mundo y de las luchas raciales y la necrofilia, entendida no en el sentido estricto de perversión sexual, sino de enajenación por la técnica, fascinación por la *automación* y la robotización, especie de indiferencia esquizoide por la vida, constituye la verdadera premisa del

riesgo de destrucción nuclear, el divorcio de las generaciones bloquea el único camino de superación de los riesgos de violencia y de la necrofilia. Camino que no puede ser otro que la más estrecha colaboración entre la generación de adultos, depositaria de los valores, aunque también de los errores, de la civilización, y la nueva generación que, si por la intensidad de las amenazas a una existencia que apenas comienza protesta con un vigor inusitado, podría, en cambio, por el elemento de creatividad propio de toda generación, orientar los valores tradicionales por nuevos caminos, verdaderamente constructivos.

La primera noción que el psicoanálisis aporta al considerar la situación actual es que la advertencia de su gravedad produciría en la mayor parte de las personas una angustia paralizante, razón por la cual se defienden mediante la simple negación del problema, o acentuando un ingenuo optimismo en el progreso indefinido de la humanidad por las conquistas de la técnica, o bien escapándose en el sensualismo orgiás-

¹ Trabajo de sección presentado en la sesión ordinaria del 19 de noviembre de 1969.

² Académico numerario. Universidad Nacional Autónoma de México.

tico. Esta resistencia inconsciente y este tipo de reacciones de defensa predominan entre los adultos, y, por supuesto, no hacen sino intensificar los riesgos actuales, ya que sólo la acción humana puede evitarlos. Y es precisamente contra esta actitud de negación, evasión y escape contra la que se ha pronunciado la voz de las conciencias más realistas y alertas de nuestro tiempo. Basta mencionar, por ejemplo, a Bertrand Russell, a Albert Schweitzer y a Arnold Toynbee; a U Thant, quien en sus más recientes declaraciones desde la Secretaría General de la ONU, advierte una vez más que si en diez años no cambian radicalmente las estructuras del mundo contemporáneo, sobrevendrá el caos; y a Erich Fromm, quien con el método psicoanalítico examina las posibilidades de superación de la crisis en dos libros: "¿Podrá sobrevivir el hombre?", de 1961 y "La Revolución de la Esperanza, hacia una Humanización de la Tecnología", de 1968.

Una de las manifestaciones generales de la resistencia de los adultos para advertir la gravedad de la situación se manifiesta precisamente en su negación a escuchar las voces de protesta de la nueva generación. La intensidad creciente de la incomunicación, la casi

total ruptura del diálogo entre ambas generaciones, es la nota sobresaliente de la década actual, en todo el mundo. Se sigue de esto una psicopatología específica del adolescente actual: confusión, desorientación, nihilismo, falta de esperanza, protesta contra todo y contra todos, escape psicodélico, promiscuidad, conductas regresivas y conductas suicidas. Y sabemos bien, demasiado culpablemente bien, la dolorosa proporción que entre nosotros ha tomado el conflicto generacional, con un saldo de muerte que no ha tenido en ninguna otra parte, y que necesariamente nos lleva a inquirir una vez más sobre el por qué de la magnitud de las pulsiones destructivas que laten en las profundidades del carácter del mexicano, pueblo de historia peculiarmente dramática y sangrienta.

Esta comunicación no pretende ser sino un planteo general de la cuestión, tratado a la manera de ensayo, cuya utilidad no puede ser otra que la de motivar a la conciencia académica de una acción más lúcida en su ámbito propio: el de la educación de los jóvenes, el del manejo de los problemas clínicos que a diario plantean los padres y el de la comprensión de los propios hijos.

II

ADOLESCENCIA Y CULTURA. EL PROBLEMA PSICOLOGICO
DEL ADOLESCENTE ACTUAL¹JORGE DERBEZ-MURO²

EN GENERAL, el examen de la relación entre el adolescente y la cultura suele ser unilateral. Una relación que es diádica, mutua, altamente dinámica, suele ser analizada exclusivamente desde el punto de vista del adulto, del individuo aculturado, sobre la base de conceptos tales como maduración, socialización, aculturación, causas de enfermedad, rebeldía y desajuste, tratamiento y rehabilitación del adolescente *desviado, anormal*.

La cultura, de inercia tradicionalista, suele ser muy poco tolerante a la innovación, la desviación, la disensión. La generación de adultos que, en su tiempo, protestó, criticó, rechazó, manifestó su inconformidad y buscó nuevos estilos, nuevas ideas, nuevas posibilidades de relación humana, esa generación, considerada como un todo, acabó por renunciar a sus ideales por románticos o por falsos, o por cobardía personal; y logró una adaptación dinámica y económica a las normas sociales, con sus pautas efectivamente operantes, realistas y legítimas, pero

también con todas sus injusticias, sus racionalizaciones y prejuicios: de raza, de nacionalismo más o menos exaltado, de clase, de religión, de estructura patriarcal o matriarcal.

El cambio social es habitualmente lento, producto del esfuerzo de muchas generaciones y en él son reconocibles una serie de procesos propios del crecimiento y del desarrollo: inicio, consolidación, difusión, germinación, florecimiento, crisis y transformación, muerte y renacimiento; momentos o épocas de cambio paulatino y armonioso seguidos de otros súbitos y violentos, a veces catastróficos; cambios desde dentro o bien debidos principalmente a cambios geográficos o a la influencia de culturas extrañas.

En estas vicisitudes, la humanidad ha conocido la muerte de muchas civilizaciones. "De las 24 ó 25 sociedades de la clase que llamamos civilización, que se han producido en los últimos 6,000 años", escribe Toynbee "19 ó 20 de ellas han desaparecido".

El principal agente de cambio interior es justamente el adolescente, el hombre joven, el ser en desarrollo —adolescente, recordemos, deriva de *adolescens*, participio activo de *adolesc-*

¹ Trabajo de sección presentado en la sesión ordinaria del 19 de noviembre de 1969.

² Académico numerario, Universidad Nacional Autónoma de México.

cere, crecer—, quien con empuje del nuevo régimen, con el elán vital del hombre primigenio, espoleado por el intenso aguijón de la angustia existencial (“edad de la punzada”) se plantea con un nuevo patos, un nuevo dolor. La cuestión metafísica del sentido de la existencia, es particularmente sensible al drama humano de la carne y del espíritu, del ser mortal que quisiera ser inmortal o volver regresivamente al paraíso de la infancia —o incluso más atrás—, a la región de la pura inmanencia, de la pura posibilidad, del caos y de la nada.

Con esa hipersensibilidad del hombre enfermo de conciencia —del hombre, animal herido de muerte—, el adolescente enfrenta las soluciones prefabricadas que su cultura le ofrece: soluciones al problema de los sexos, de cómo ser hombre y cómo mujer; como iniciar y como mantener una relación sexual; qué es una vida sexual normal; cuánto placer le está permitido y cuánto es pecado; cómo aprender a ganar el pan, o a hacerlo en el hogar; cómo vestirse y cómo divertirse, según su sexo, su clase, su rango; cómo casarse, ser padre o madre, padrino, abuelo; cómo morir y cómo enterrar a sus muertos; cómo tratar al extraño, al amigo, al hermano, al hombre noble y al traidor, al enfermo, al fracasado y al triunfador; qué amar y qué odiar; qué anhelar y qué temer; cómo sentir y cómo pensar; en qué creer; cómo tratar su cuerpo; cómo entender su espíritu; cómo concebir el pasado y el futuro. Todo resuelto ya, no hay nada que inquirir, nada que cambiar, sólo es preciso ser bueno, aprender, colaborar, sa-

ber renunciar, ser maduro, ser digno de la herencia que se le ofrece.

Si los patrones culturales con que el adolescente topa se ajustan a su temperamento y a las discretas variantes de su familia o de su clase, tanto mejor: el proceso de aculturación será fluido, tranquilo, armónico. Si él es un somatotónico muy masculino en una cultura de agresivos cazadores, de luchadores, deportistas o imperialistas, hombres de pelo en pecho y cabello a rape, y su padre es un hombre fuerte, duro, competitivo, existoso, tanto mejor; igual que si es un viscerotónico suave, receptivo, dulce, sensible, amable, a quien le toca nacer en una cultura agrícola de tejedores, músicos y danzantes.

Edad tormentosa, se ha llamado a la adolescencia. Estupor, confusión, indecisión, oscilaciones entre la fría dureza intelectual y el abandono a la emotividad infantil, entre la osadía y el arrepentimiento; introversión, ensimismamiento, ensoñación, y realismo cínico; desenfado y torpeza, la alegría explosiva y la carcajada estridente seguidas de la musitación y la conciencia torturantemente culpable. Edad de la punzada y del torbellino. Todo ello tanto más intenso cuanto mayor sea la tensión angustiosa entre lo que se es y se puede llegar a ser y lo que se debe ser.

El adolescente, de ojos abiertos a la distancia, de mirada crítica y demandante, de piel sensible, puede sentir que los patrones sociales son absurdos, o rígidos o injustos. Puede sentir que los modelos de masculino y femenino forzan al individuo a reprimir toda una

serie de posibilidades de desarrollo, a eliminar de su campo una serie de actividades y actitudes que no son intrínsecamente femeninos o masculinos; puede parecerle que el modo de trabajo de los adultos, es enajenante, que su modo de consumo es enajenante, que su modo de relacionarse entre sí y de divertirse es estúpido, aburrido y vacío; puede juzgar que el *ethos* de su cultura es falso, que los ideales son meras ideologías, que los verdaderos ídolos con el poderío, el prestigio, el éxito económico y los placeres sensuales más baratos; puede, en suma, sentir que la mayor parte de los adultos son hipócritas, insinceros, brutales o cobardes.

¿Qué pasa entonces? ¿Se trata simplemente de un muchacho vanidoso, jactancioso, narcisista, infantil e irracionalmente demandante, se trata de un "caso" de complejo de Edipo no resuelto, de reacción personal, muy personal, a un padre débil o autoritario, de la protesta ante una madre posesiva, sobreprotectora o castrante? ¿Se trata solamente de racionalizaciones para evitar la responsabilidad personal de vivir, de aceptar su individualidad, de enfrentar la propia angustia existencial y ser capaz de encontrar un camino constructivo?, ¿o bien, le asiste la razón en su crítica y su rechazo de los patrones de su cultura? ¿Quién va a decir la cuestión: ellos, los adolescentes, o nosotros, los adultos aculturados y exitosos?, ¿le van a decir quiénes tienen la razón o quiénes tienen el poder?

Bien sabemos lo que ellos dicen ahora: son *ellos* quienes pueden y deben decidir; ellos no tienen sino que esperar a asumir el poder, si los adultos lo

permiten, si no es que, ante la actitud de rechazo general a sus valores, éstos deciden retenerlo indefinidamente, caso en el cual la lucha interna por el poder dentro de las diversas sociedades tendrá que ser necesariamente violenta. Son ellos quienes no quieren escuchar hoy a los adultos, a la "momiza", a todo tipo que tenga más de 30 años. Mezcla de arrogante jactancia y de desconfianza radical, ¿hasta qué punto justificada?

Y es que hay una diferencia radical entre el adolescente actual y el del pasado. *El adolescente actual ya no está solo*, sino que forma legión con adolescentes de todas las latitudes. Porque cuando el adolescente es de por sí, por constitución, por temperamento o por contagio generacional un sujeto desviante, innovador, inconforme, difícilmente ajustable al patrón cultural, el resultado final de la lucha, de su lucha, en el pasado ha dependido principalmente de su coraje, de su fuerza de individuación y determinación de su capacidad para soportar la presión de la crítica social, para soportar la amenaza del ostracismo; de su tolerancia, en suma, a la soledad. El podrá entonces ser un verdadero genio revolucionario, en la religión, la política, la ciencia o el arte, podrá incluso encarnar el mito del héroe, del hombre que se aísla en la soledad del desierto y de la montaña y que regresa a traer un nuevo mensaje, a enseñar un nuevo camino. Podría ser eso o podrá ser derrotado, con más o menos éxito social: esto es, podrá conformarse, adaptarse, o refugiarse en la neurosis o en la psicosis, o escapar en la adicción a las dro-

gas, en la promiscuidad, la delincuencia o el suicidio. El resultado dependerá de su fuerza de integración así como el grado de flexibilidad y tolerancia de su cultura y del encuentro con adultos adolescentes, en el buen sentido de esta expresión, es decir, de adultos que viven en pleno desarrollo, en constante crecimiento.

Pero en esta lucha él podrá también —y aquí radica la diferencia fundamental del adolescente disidente de nuestro tiempo— él podrá también asociarse con adolescentes de otras familias, otros barrios, otras regiones, otras naciones y otras culturas. El resultado final dependerá entonces de la proporción de disidentes y de la posibilidad de comunicación entre ellos. Hay todo un universo de diferencias entre el adolescente inconforme miembro de una cultura aldeana, isleña, neolítica, y el del adolescente actual de Tokio, Roma, San Francisco o México, miembros de una cultura planetaria y tecnetrónica. Ciertamente, el adolescente disidente de hoy ya no está solo, si puede participar en una manifestación política de cien o doscientos mil jóvenes o en un festival de música y de paz al que asisten 400,000 "hippies".

El adolescente de hoy, no está solo, se siente uno con el adolescente de todo el mundo, unión que le ha dado conciencia de clase, que ha acrecentado la conciencia de su fuerza y lo ha hecho fieramente desafiante. Ciertamente, ha llegado a la soberbia, a la ruptura radical, al grito de alarde y de desprecio de quien quiere hacerlo todo nuevo desde el comienzo y se siente capaz de hacerlo. Como si alguien les hubiese di-

cho —alguien como Marcuse, por ejemplo— "adolescentes de todo el mundo, uníos", cosa posible en la civilización tecnetrónica, así lo han hecho y en ello radican tanto su fuerza como su debilidad, al mismo tiempo que en ello radica el mayor peligro para la civilización actual. Pues es imposible hacer todo nuevo desde el principio, a menos que la violencia y la necrofilia nos lleven otra vez al paleolítico, una situación histórica en la que sí había que hacer todo desde el principio.

"No basta ser joven", ha dicho Erich Fromm en *La Revolución de la Esperanza*, libro con el que en 1968 él respondió a los graves acontecimientos producidos en la sociedad norteamericana. Es preciso asimilar los logros de la tradición humanista a las posibilidades de la tecnología moderna, es posible humanizar la técnica; no es inevitable que seamos esclavos de ella y que sigamos padeciendo las monstruosidades a las que ha dado lugar.

El adolescente de hoy, orgulloso y soberbio, promesa de una nueva dimensión humana, necesita obviamente de orientación y de guía. En él se ha exaltado al paroxismo un fenómeno normal de la adolescencia: la conciencia del poderío, que el adolescente normalmente exalta, que tiene que exaltar para no tener miedo de su futuro, de las incertidumbres que le acosan, de los impulsos que se agitan en su carne. Necesita de guía en un mundo que es particularmente peligroso, mundo verdaderamente amenazado de muerte y de regresión a la barbarie. Y sin embargo, la guía que él necesita debe ser diferente a la que ha operado en el

pasado, de un pasado en el que los adultos pretendían distinguir claramente la meta, conocer todos los caminos, todos los atajos. El adolescente de hoy, desconfiado más que nunca, más crítico que nunca, menos dispuesto a dejarse engañar, necesita la guía de un adulto que si bien sabe caminar y explorar, porque ya lo ha hecho, acepta sin embargo, que cada montaña es diferente, que tanto debe guiar, como dejarse guiar, que la única alternativa constructiva en esta hora es la búsqueda conjunta. Debe pues el adulto, aceptar que su cultura es sólo una etapa en el camino y no algo eterno y de-

finitivo, que las soluciones que él heredó y consolidó, fueron meros ensayos transitorios, más o menos satisfactorios pero aún muy imperfectos, y a los que no debe aferrarse.

Lo que el adolescente de hoy necesita es la comprensión y simpatía de un adulto humilde, capaz de aceptar la incertidumbre de la vida, la provisionalidad de las soluciones y la crítica de sus hijos; un adulto que pueda aceptar que ya no es más el ídolo infalible que fue a los ojos del niño, un adulto más fraterno y cercano: más capaz de seguir siendo el mismo adolescente, en el sentido de ser en crecimiento.

III

PSICOPATOLOGIA DEL ADOLESCENTE ACTUAL

NORMAS HIGIENICAS Y MANEJO TERAPEUTICO¹

ALFONSO MILLÁN²

PARA SATISFACER la necesidad de comprensión que tiene el adolescente, el médico que ve adolescentes enfermos, debe comenzar por conocer la personalidad de éstos. Además, he-

sostenido que el médico que quiere hacer medicina humana, debe conocer enfermedades, enfermos y personas.

No es posible exponer ahora todas las características de la psicología del adolescente. Por lo mismo me limitaré a señalar que se trata de un ser en transición, que ya no es niño pero aún no

¹ Trabajo de sección presentado en la sesión ordinaria del 19 de noviembre de 1969.

² Académico titular.

es adulto y que vive en una etapa crítica que se ha llamado precisamente la primera edad crítica. El niño adquiere sus sentimientos de seguridad o sus sentimientos de valer, es decir, de ser alguien, de sus padres; la aprobación o la crítica de éstos, su admiración o su protección, hacen que el niño se sienta seguro y vaya integrando su personalidad. La falta de esos sentimientos en la infancia, debida a deficiencia de la familia, a falta de amor de los padres, disputas entre ellos, hacen que el niño llegue a la adolescencia en situaciones críticas muy diferentes de las del niño que sí fue amado y deseado.

Por otra parte, en la adolescencia han de adquirirse los sentimientos de seguridad y de valer ya no por la aprobación exterior o sea que durante la crisis de la adolescencia el sujeto ha de aprender a sentirse seguro, a sentirse protegido, a sentir que vale, que es alguien, debido a sus propias acciones, a sus capacidades, y a sus experiencias, de manera que su fuente de seguridad y de valorización ya no sea fundamentalmente externa sino interna. Podemos hablar de que el yo del adolescente va adquiriendo poco a poco las funciones de segurización y valorización que de exógenas habrán de convertirse en endógenas. No lograr eso, es ya un problema de higiene mental.

A este proceso de superación, de verdadero destete psicológico del niño que va a convertirse en hombre, se agregan otros procesos igualmente trascendentales y que apenas he de mencionar: desde luego, el crecimiento corporal y la crisis de la pubertad. Esto significa que el cuerpo sufre transformaciones

y que aparecen los caracteres sexuales secundarios. Junto con este desarrollo corporal y genital, va apareciendo la capacidad de funcionar sexualmente. Y mientras la sociedad en que vivimos estimula por todos los medios a su alcance (publicidad, cine, televisión y modas), la actividad genital, la familia y la región condenan dicha actividad de manera que al llegar la adolescencia y la crisis puberal y con ella la capacidad para las relaciones sexuales, el adolescente se encuentra con graves contradicciones y además con una doble moral sexual, una para los hombres que pueden y aun deben tener relaciones sexuales prematrimoniales y otra para las mujeres que deben llegar vírgenes al matrimonio. Además, los métodos anticonceptivos y la rápida transformación de la sociedad mexicana hacia la industrialización, al ir liberando a la mujer y dándole una cierta autonomía económica, va modificando también la actitud de la mujer frente al sexo, lo que no hace para la adolescente que las cosas sean más sencillas.

También por esa época han de definirse intereses vocacionales e irse buscando los medios de ganarse la vida. En rigor, esto se aplica a ciertas clases sociales acomodadas, pues los hijos de los campesinos y de los ciudadanos más pobres, no llegan a plantearse ese problema, ya que desde pequeños son obligados a trabajar en lo que esté a su alcance.

La ciudadanía a los 18 años, es un progreso, es adelantar el ejercicio de derechos para el cual antes se requerían 21 años. Pero el problema económico no se resuelve con esa ciudadanía a los

18 años; incluso quizá la situación se complique más, pues el verdadero problema es que tanto por su crecimiento corporal, como por la transformación de la sociedad, y ahora por la ciudadanía a los 18, el joven se encuentra en condiciones sociales y legales para ejercer ciertos derechos, pero no en condiciones económicas. O sea que de todos modos, no se puede ganar la vida a los 18, aunque a esa edad se pueda ya votar, o se tengan derechos civiles. Es decir, se tendrán más responsabilidades, incluso la penal, pero no se tendrán más capacidades económicas, pues los trabajos en que se puede ganar la vida requiere cada vez más y más preparación, más estudio, o sea más tiempo. De todos modos, esta ciudadanía a los 18 años parece ser un progreso.

Por otra parte, la sociedad mexicana se encuentra en transición acelerada de la sociedad agraria, tradicional patriarcal, hacia la sociedad industrial. Este cambio implica también una transformación de la familia y del ejercicio de la autoridad. En la familia mexicana, a la tradicional lucha de sujetos y lucha por el poder y por la autoridad, se agrega la transformación impuesta por la industrialización, que entre otras consecuencias tiene la de independizar más a la mujer y disminuir la autoridad paternal, a la cual el adolescente es cada vez más sensible y de la que quiere independizarse. Pero, para ser más concretos diríamos que el adolescente debe independizarse cada vez más de la autoridad y de la protección paternal. Pero los padres, mientras más tradicionalistas son, menos acceden a ese cambio, y además en muchos

padres el sentimiento de valer necesario a todo ser humano se deriva en mucho de que sus hijos les obedezcan, o les admiren. La relación entre estos padres e hijos es realmente simbiótica, y tan dependiente es el hijo del padre como éste del hijo. El proceso de individuación, de crecimiento, de desarrollo biológico, psicológico y social, tiene que acabar con esa simbiosis que ya no tiene la misma función que en la infancia. Así, es más sano el adolescente que se independiza y en cierto modo se rebela, que el que se somete y se acomoda.

La posición del hombre en el Universo, la existencia de Dios; la vida y la muerte, la organización social y política, la justicia o la injusticia, la honradez, la moral, todos estos fenómenos y valores que adquieren matices diferentes según las clases socioeconómicas, se presentarán ante el adolescente que ha de ir definiendo su posición, formulando sus ideales, precisando sus convicciones. Sufre lo que se ha llamado crisis de originalidad.

Todo lo anterior hace del adolescente un ser complejo, inseguro o muy audaz, ambivalente hacia la autoridad no sólo de sus padres sino en general, incluida la autoridad del médico.

Mencionando todo lo anterior he querido poner énfasis en que los adolescentes son diferentes; su personalidad en formación tiene rasgos que les son propios y también ciertos aspectos de su fisiología corporal tienen características especiales. Por lo mismo, el médico general o el especialista que vea a adolescentes enfermos, debe darse cuenta de que para comprender a sus enfer-

mos, inclusive para comunicarse con ellos, hacer historia clínica y el examen físico, ha de conocerlos y no ha de tratar de imponer su autoridad. La relación médico-paciente, difícil en general, lo es más cuando se trata de adolescentes. En particular se han estudiado, por ejemplo, las reacciones del adolescente a sus enfermedades. Hay diabéticos juveniles con grandes dificultades para aceptar dietas o tratamientos sistemáticos; otros cuya problemática psicológica se expresa por medio de la obesidad o de problemas digestivos y otros trastornos de los llamados psicosomáticos. Enfermedades de la piel bajo formas de acné o eczemas, son de la mayor importancia en los adolescentes y en particular en las adolescentes. Un descuido del médico que no comprenda la importancia que el adolescente da a sus síntomas o a sus problemas, puede tener graves consecuencias. La forma correcta de tratar los casos de adolescentes con testículos ectópicos o con ginecomastia; o los problemas relacionados con la menstruación, vaginitis o leucorreas, se caracteriza por tomar en cuenta, no sólo la naturaleza material, concreta, del padecimiento y su terapéutica apropiada, sino particularmente la naturaleza del ser que sufre, de la persona, es decir, la psicología tan compleja del adolescente. Por esto me he permitido afirmar en alguna otra ocasión, que así como hay pediatras y geriatras, debería haber médicos especialistas en adolescentes.

Hay otros aspectos en que el médico puede ser consultado que implican en ocasiones fenómenos morales o religiosos que trascienden el ejercicio de la

Medicina. Con el descubrimiento del sexo y de su funcionamiento, los adolescentes descubren también a sus propias zonas erógenas y la manera de estimularlas y satisfacerlas. La masturbación es importante no sólo porque confirma a quien comienza a practicarla, que está creciendo y acercándose a la adultez, que puede eyacular, tener orgasmo y tener placer; sino también porque esa práctica puede dar origen a sentimientos de culpa, particularmente los muy religiosos, o temores respecto a la salud, pues se dice que quienes se masturban se vuelven locos o por lo menos idiotas. El médico actual, tal como se le prepara en las facultades de medicina, no es precisamente alguien que conozca la psicofisiología de las relaciones sexuales.

Ciertamente desde que se creó el Departamento de Psicología Médica y Salud Mental en la Facultad de Medicina, ha contribuido a una mejor información sobre sexología para los médicos generales. Pero aún son muchos los que tienen frente a la masturbación del joven una actitud muy poco científica, pues o la condenan como pecaminosa, aunque ellos mismos la hayan practicado y por lo mismo estén ya condenados; o pretenden ver en su práctica una amenaza para la salud mental. Obviamente, no estamos preconizando como medida de higiene mental una actitud de estímulo a la masturbación ni a otros aspectos de la libertad sexual; simplemente señalamos que ni la abstención absoluta ni el exceso en cuanto a preferir la mas-

turbación en lugar de la relación heterosexual, son deseables.

Problemas de aprendizaje, de deserción escolar, de orientación profesional, son también frecuentes en esta época de la vida, y se complican por la industrialización del país, que modifica enormemente las condiciones de trabajo, preparación para el mismo, que es cada vez más larga; selección profesional y en suma medios de ganarse la vida. Los servicios de orientación profesional, de consulta vocacional, deben multiplicarse pues son insuficientes.

En otros campos, las reacciones antisociales de los adolescentes, la delincuencia juvenil en sus diversas formas y el pandillerismo, son otros tantos problemas cuya importancia y extensión no permiten sino que se les considere de pasada. Mucho se ha escrito sobre eso en nuestro país que además se encrgullece de haber sido el primero o uno de los primeros en legislar de manera especial para los jóvenes delincuentes. La actitud comprensiva y de estudio que ordena la ley para estos casos, está, sin embargo, seriamente limitada por la escasez de recursos materiales en los Tribunales de Menores y las Casas o Centros Terapéuticos que de ellos dependen.

El suicidio en los adolescentes es otro problema psicopatológico y de higiene mental de bastante importancia en nuestro país. Según María Luisa Rodríguez Sala de Gómez Gil en su ensayo sociológico sobre el suicidio en México, las variantes más importantes del suicidio son sexo y edad. La autora

ha observado que las edades medias corresponden a los 23 años para los hombres y 25 para las mujeres. Cita a Hall en su psicología de la adolescencia quien afirma que en Inglaterra las mujeres que se suicidaron entre los 15 y los 20 años de edad excedieron en más de una décima parte a los hombres. En nuestro país ella pudo observar los mismos datos encontrando que en esa edad se presentaron suicidios de 17 mujeres por cada 3 hombres. Señala también que la tendencia al suicidio aumenta en nuestro país y otros datos de interés para este fenómeno social. Nuestros adolescentes y jóvenes se suicidan con mayor frecuencia debido a frustraciones amorosas y a problemas familiares.

En cuanto a las neurosis, en particular las fobias y las neurosis obsesivo-compulsivas y aún la histeria, son menos frecuentes que las neurosis de angustias y las depresiones neuróticas. Entramos aquí al campo más específico de la psicopatología, pero en este campo es donde las deficiencias existen para la asistencia adecuada. En efecto, los psiquiatras o psicoanalistas dedicados exclusivamente a la adolescencia, prácticamente no existen en México, o en todo caso no existen estudios de graduado para psiquiatras o psicoanalistas especializados en adolescentes. Tampoco estudios postgrado para psicoterapeutas especialistas en niños. Esta es una deficiencia importante, aunque la preocupación por los problemas de los adolescentes y de los jóvenes, se encuentra cada vez en mayor número de profesionales en México, que desde sus diversos puntos de vista se inquietan

y se interesan por la problemática de nuestra juventud. No podemos dar estadísticas adecuadas porque no existen, pero la experiencia clínica general sí nos permite pensar que depresión y angustia neuróticas son más frecuentes que las otras neurosis. Sin embargo, hay que distinguir entre angustia y depresión realmente neuróticas y angustia y depresión normales del adolescente.

El proceso de individuación que tiene lugar en esa edad, no puede causarse sin angustia ni depresión, sin frustración. El adolescente sensible sufrirá más de la soledad, del desamparo o de la injusticia y de la incompreensión.

Otros rasgos del comportamiento de los adolescentes aparte de la angustia y la depresión, tales como la rebeldía o el exhibicionismo, el no conformarse a pautas sociales o aún a modos de vestir, o de cortarse el pelo, deben interpretarse no necesariamente como patológicos, sino como comportamientos reactivos a la represión, a la incompreensión y a la rigidez de ciertos sectores sociales, como la familia u otras instituciones, salvo para cierto tipo de esquizofrenia, que los franceses llamaban demencia precoz; pero lo importante es que esta primera edad crítica que es la adolescencia, puede ser la puerta de entrada de la psicosis, la cual se desarrolla en ocasión de algún fracaso amoroso o escolar, o de la pérdida de un ser querido, que tienen lugar en esa etapa de la vida.

Las psicosis mismas, como la esquizofrenia que obviamente son ya entidades psicopatológicas más graves, pueden comenzar por trastornos del comportamiento difíciles de diferenciar

en cierto momento de las meras reacciones de acomodo o de protesta. Con lo anterior quiero señalar que si bien existen neurosis y psicosis en los adolescentes, estas no tienen síntomas específicos. Por otra parte el uso frecuente de estimulantes, drogas psicotrópicas, hongos alucinantes, amfetaminas, barbitúricos, thiner y otros tóxicos, han sido objeto de estudios en México y en el extranjero. Hay en estos fenómenos no sólo la inestabilidad del adolescente o su anormal apetito por los tóxicos sino los intereses económicos del traficante. Pero existen también formas de comportamiento de la adolescencia que no pueden considerarse como síntomas específicos de un padecimiento, pero sí como síntomas específicos de una patología social. Es decir, que junto a la psicopatología individual de los casos de neurosis y de psicosis de los adolescentes, debe estudiarse una psicopatología social. Afirmar que el individuo que protesta, que se inconforma, o que se evade en las drogas, o en el alcohol, es un enfermo, puede ser parcialmente cierto; pero no es menos cierto que hay sociedades que ocasionan, si no es que estimulan abiertamente, la producción de este tipo de enfermos, más que otras sociedades.

He formado parte importante del movimiento a favor de la salud mental en mi país y aun en el extranjero, pues he tenido el honor de presidir, hace algunos años, la Federación Mundial por la Salud Mental, y de organizar congresos internacionales. Ciertamente, de mi experiencia en todos esos campos he aprendido que se puede hacer mucho en favor de la prevención de los

trastornos mentales, que puede hablarse de una higiene mental en la familia, higiene mental en la escuela, o en la industria. Las posibilidades de desarrollo de la higiene mental, de prevención del crimen, de la disminución del suicidio, de la lucha contra el alcoholismo y las drogas, la prostitución, son ciertamente muy amplias. Pero todas ellas requieren no sólo especialistas capaces, sino también recursos materiales muy vastos. México está todavía a la zaga en ese terreno; y aunque algunas instituciones oficiales y privadas, y asociaciones culturales, han participado en nuestro movimiento en favor de la higiene mental, los logros han sido muy limitados. Se requieren más centros de consulta, en las universidades o en las comunidades; consulta no sólo para los adolescentes, sino sobre todo para los niños, para los padres de familia, para los esposos. Con dinero, muchos de estos servicios podrían lograrse, aunque nuestro país está todavía lejos de obtenerlos, pero hay algo más importante y más difícil de obtener y ello se refiere al cambio radical de ciertas estructuras sociales, a la substitución o superación de ciertos modos de vivir por otros más sanos, lo cual sería labor de higiene mental más importante.

A mí me parece obvio que la juventud de todo el mundo está precisamente reclamando esos cambios sociales en diversas partes de la tierra y que cualquiera que sean los errores o los excesos que pueda cometer esa juventud, los adultos harán muy bien en buscar la comprensión y la cooperación, aunque ello implique el sacrificio y la reforma de ciertos modos de pen-

sar o de vivir. Al concluir me doy cuenta de que apenas a vuelo de pájaro he presentado ante ustedes un panorama que ciertamente les es ya bien conocido. Como mi colega el Dr. Derbez, me conformo con invitar a nuestros colegas a que tengan un mayor conocimiento de esa edad crítica, trágica a veces, encantadora siempre, que es la adolescencia, pues con un mayor conocimiento lograrán un ejercicio mejor de su profesión.

He querido exponer que la adolescencia y la juventud representan una etapa de la vida muy importante, con características propias, derivadas no sólo de la biología y del crecimiento y los cambios corporales, sino fundamentalmente de las pautas socioculturales, que el concepto mismo de salud mental es complejo, pues no es solamente ausencia de enfermedad, sino también desarrollo amplio de todas las potencialidades; y que la sociedad mexicana actual en crisis ella misma, no estimula el crecimiento sano de sus hijos, algunos de cuyas reacciones no son patológicas; pero otras de cuyas reacciones, éstas sí francamente patológicas, son más determinadas por la sociedad misma; y que, por lo mismo, el médico necesita conocer al adolescente estudiando sus reacciones a las enfermedades generales; sus conflictos específicos generadores de cuadros psicómorfos; cierta patología que parece específica a él y ciertos defectos de desarrollo.

Pero hay que entender también que ciertos comportamientos más o menos conflictivos, son signos de vitalidad o reacciones a una represión e incomprensión graves; o bien, finalmente, son

provocadas por una sociedad interesada más en la venta y en el consumo que en los valores espirituales.

Y a aquellos que trascendiendo el ejercicio concreto de la profesión, se interesen en los fenómenos psicosociales de nuestro mundo contemporáneo y en particular, en la crisis de crecimiento

de nuestros jóvenes y de nuestro país, pues ambos crecen y se desarrollan muy rápidamente, invitarles a reflexionar y a participar más activamente aprovechando sus diversos campos de acción, como maestros, o funcionarios en la difusión y estudio de estos problemas y a su más científica y humana solución.
